

»Salí llena de dolor y muerta de vergüenza; salí en bata, con la cabeza arropada, oía detrás de mí los pasos de los verdugos, y creía escuchar sus groseras burlas. Eché á andar á la buena de Dios, sin saber por dónde, ni qué rumbo tomar; me parecía que se abría la tierra, que todos se reían de mí y me escupían, ¡qué sé yo cuántas cosas horribles pensé en esos momentos!

»Por fin, después de andar á la ventura por muchas calles, me hallé sin saber cómo en el Zócalo, me senté en la primera banca que alcancé á ver y me puse á llorar á mares. No me importaban las gentes que me veían como animal raro, ni los importunos que me dirigían necias preguntas.

»Desahogado un poco mi corazón con aquellas lágrimas, reparé en mi situación, conocí el papel ridículo que estaba haciendo, y levantándome tomé un coche de sitio para que me llevara á casa de mi comadre, á la calle Ancha, ya sabes, adonde fui á comer aquel día, cuando esta desventurada mujer empezó á gustarte. Con mi comadre desahogué un poco más mi corazón oprimido, llorando á mares en sus cariñosos brazos.

»No tengo más amparo que tú. Ha llegado el momento en que me pruebes el cariño que me has encarecido tanto. No espero más que una palabra tuya para volar á tu lado y consagrarte, mientras viva, todo el amor de esta desgraciada.»

Tal fué la carta que, plagada de faltas de ortografía, recibió Patillitas, y que le contrarió no poco. ¡Malditas las ganas que tenía de seguir aquellas relaciones! Las

circunstancias habían variado; él no podía echarse á cuestras á aquella mujer, sobrado caro había pagado los gustos que se dió con ella. Además, la cabra siempre tira al monte, y esas mujeres hallan siempre muy gracioso burlar á sus amantes titulares; y aunque que quisiera no podría hacerlo; ¿con qué la sostenía? No, que cargue otro con la Merceditas, no había de ser él el que anduviera, mañana ó pasado, lleno de recelos é inquietudes, y viéndose en el caso de apalearse á otro. Hay tanto cercado ajeno y tantos y tan sabrosos frutos en ellos, que fuera tontería tener cercado propio.

Tales reflexiones inspiraba á Patillitas su frío egoísmo, al mismo tiempo le parecía muy cruel contestarle á aquella mujer con una negativa redonda. ¿Qué hacer? Lo pensaría.

En efecto, lo pensó, y la resolución que halló más generosa fué escribirle una carta lo más tierna que pudo; pero diciéndole muy clarito: que todo había concluido entre ellos, que no contara con él para nada, y en resúmenes cuentas, que buscara otra madre que la envolviera y otro hombre que cargara con tan peligrosa belleza.

CAPÍTULO XVII

Unos suben y otros bajan

El tentador mostró al Hijo del hombre los reinos de la tierra, ofreciéndoselos si se doblegaba ante él; oferta que el Hijo del hombre rechazó, prefiriendo las amarguras del

Calvario antes que desmerecer la mirada cariñosa del Padre que está en los cielos.

Muy lejos estaba el Changuito de comprender esta alta doctrina del desinterés, y estaba mucho más lejos aún de practicarla. Su naturaleza tosca y henchida de carnales apetitos y de insaciabiles concupiscencias, inclinaba constantemente su fantasía á sensuales visiones. Por más que tan mal cuadrara á su juvenil edad, los ensueños de este joven, cuando los tenía y sus aspiraciones más altas, teñíanse con recargados tintes de epicureísmo.

Hartura para su cuerpo, halago para sus sentidos, tal era su constante ideal. Placiale imaginarse sentado delante de suntuosa mesa constelada por los destellos de rica vajilla, en que el límpido reflejo del cristal de Bohemia se mezclase con el radiante de la argentería y el mate de las sajonas porcelanas; ver cubierta la soñada mesa de humeantes y apetitosos manjares que lisongeasen el paladar con las más exquisitas sensaciones; vestir su cuerpo con ricos paños, esmaltarlo con joyas espléndidas, hollar orientales tapices, vivir bajo dorados artesones, ver en la puerta de la regia morada lujoso coche, que ábriese, inclinándose ante el opulento dueño, apuesto lacayo, de alta chistera y larguísimo levitón verde.

Para realizar tan magnífico ensueño, encontraba todo aceptable aquel desventurado muchacho. Nada sería agacharse, nada arrastrarse, así fuese por el fango de pestíferos caños, con tal de resultar envuelto en los lujosos trajes y hospedado en la suntuosa morada.

El General López había sido el tentador del Chango, él había dado margen al desborde de materiales inclina-

ciones á que tanto propendía la grosera naturaleza del muchacho. El General, feo como el diablo, y casi tan insinuante y malo, había ido poco á poco mostrando á su víctima el seductor panorama.

Consagrósele en cuerpo y alma el codicioso joven, creyendo firmemente que su Mecenas le llevaría á las doradas regiones en que soñaba. El Chango adivinaba los pensamientos de López, se anticipaba á sus deseos y le hartaba de lisonjas y de serviles demostraciones.

Y no le iba mal en verdad: diz que para fomento de sus estudios le había conseguido el poderoso General treinta pesos mensuales, y otros sesenta que le abonaba el Municipio por que revisara y corrigiera los letreros de la ciudad.

Se hallaba pues el bienaventurado joven en muy bonancible situación. Dió de baja á sus pobres vestidos de colegial, y procuró frecuentar lo que, entre nosotros, se llama la buena sociedad.

En esta vida nada puede conquistarse sin perder alguna otra cosa. Tal le pasó á este ambicioso: perdió la estimación de sus compañeros y las ganas de estudiar.

Aunque la juventud de de nuestros días no peca de soñadora, los compañeros del Chango censuraron enérgicamente el crudo naturalismo, y la conducta poco delicada de este muchacho. Cuando iba á clase, que era muy rara vez, sus condiscípulos le lanzaban motes á porrillo, ó le hacían víctima de chascarrillos pesados.

Apenas entraba á la Escuela de Medicina, oía el Chango, que le dirigían groseros silbidos, ó que, con fingida voz de falsete, le decían: «Sácate adulador, sácate barbe-

ro, sácate Micolo,» y como ya se tenía por gran señor, aquellas malcriadeces acabaron por hacerle las aulas insostenibles, y tuvo por más provechoso pasar el rato en la útil compañía del General, estudiándole el modo y bebiéndole los alientos.

—¿Para qué estudiar?—discurría el Chango,—cuando con buena suerte, mejores amigos y óptimas recomendaciones se puede escalar de un salto el templo de la fortuna. ¿Allí no estaba fulano, que era diputado influyente, que había hecho magníficos negocios y ya podía contarse entre los ricos? El haría otro tanto, el General le había dicho que el Ministro estaba muy bien dispuesto á proteger al Changuito, el cual, en las elecciones que se celebrarían dentro de dos años sería electo diputado.

Cuando se cumpliera promesa tan lisonjera afirmaría su buena posición, casándose con alguna muchacha rica é hija de padre influyente, y entonces ¿quién le tosería ya?

Para poner en vía de ejecución sus propósitos, para ir conociendo el mundo y saber los buenos partidos que hubiese, el Changuito se hizo presentar en varias casas de personas de suposición é influjo, y fué muy bien acogido. Como era listo, servicial y no carecía de gracia, supo inspirar simpatía á las señoritas, y hacerse agradable á las mamás.

En varias de aquellas casas sus servicios fueron tan estimados que llegó á hacerse el indispensable. Si llegaba la temporada de ópera, el Changuito corría á buscar una buena localidad para que se abonara la familia, si los cajones de moda exhibían novedades, el Changuito se apre-

suraba á participarlo, y hasta llevaba muestras de las telas ó figurines de las nuevas modas; si en la ciudad sucedía algo de sensación, acudía á contarle á sus ilustres amigas, sazonando el relato con entretenidos y picantes comentarios.

Si sus ilustres amigas daban algún baile, el Changuito redactaba una crónica de la fiesta, en que calificaba á la señora de la casa de reina de la elegancia y del buen tono; y las señoritas, por feas que fuesen, eran llamadas en la crónica: estrellas de nuestro cielo espléndido, perfumadas flores de nuestros vergeles tropicales ó de cualquier otro modo altisonante y lisonjero.

Había llegado á ser, para sus ilustres amigas, una especie de consejero áulico en las altas cuestiones de trapos, que tanto preocupan á las mujeres. Siempre que se preparaba un baile de etiqueta llovían sobre él consultas por este estilo: ¿Qué dice usted, Robles, casará bien esta faya con este encaje? ¿me convendrá este color? ¿me sentará este adorno? ¿me hará buen cuerpo este figurín?

Y el Changuito estaba en sus glorias contestando magistralmente á las preguntas, emitiendo teorías de estética indumentaria, y el figurín por acá, y el encaje de Bruselas por allá, y el raso y las sedas por acullá, y luego las exclamaciones ponderativas. ¡Admirable, Julia! ese rosa pálido cuadra maravillosamente con el color alabastrino de su cuello, y con el hermoso rubio de sus cabellos. ¡Muy bien, Pachita! pero para mi gusto el lazo habría quedado mejor un poco más arriba; de ese modo la falda parecería tener más vuelo, y ondularía más airoosamente, al compás de los graciosos movimientos de usted.

Y era muy fino y muy obsequioso, ya regalaba una camelia hermosísima, ya un ramillete artístico, ya una primorosa chuchería. Cuando alguno se enfermaba esto era correr por el médico, ir á la botica, aconsejar diversas medicinas y hasta propinarlas él mismo.

Sus lisonjas habían llegado á adquirir celebridad, una vez dijo á la esposa de un Ministro:

— Señora, cuando usted iba entrando al salón me pareció una diosa, pero ahora que la veo de cerca cambio de opinión.

— ¿Por qué? — preguntó la dama algo contrariada.

— Porque ahora veo en usted una Venus por la belleza, una Juno por la majestad y una Minerva por la inteligencia.

— ¡Adulador! — contestó la señora fingiendo mortificarse.

Ya se calculará si con tantas, tan variadas y tan útiles dotes el Changuito iría lejos, y si no estaría llamado á ocupar puestos públicos de primer orden.

Muy distintos vientos soplaban á la sazón sobre la frágil nave de Pacotillas: á la pérdida de su plaza de redactor siguió pronto la de su empleo de practicante del hospital. Tuvo el infeliz la mala suerte de que cambiaran al médico de la sala. El nuevo Galeno era uno de esos seres madrugadores, nimios y escrupulosos, que arman un belén por quitame allá esas pajas. Que la ordenata no estaba buena, que el recetario estaba malo, que el número diez no fué curado con el escrúpulo que era de rigor, que el vendaje del número veinte tenía una vuelta más ó dos vueltas menos, y otras pequeñeces tan ridículas

que cargaban lo que no es imaginable el puntilloso humor de Pacotillas.

A todo se hubiera sometido éste de mala ó peor gana, pero lo que no estuvo en su mano fué acomodarse á la hora de la visita. El médico la pasaba á las seis y media de la mañana, y por más que Pacotillas, muy poco madrugador como sabemos, hacía esfuerzos sobrehumanos por llegar á tiempo, no siempre pudo conseguirlo.

Sucedíole pues tres veces en la misma semana no estar presente á la hora, y el médico, que estaba tan fastidiado del practicante, como éste de aquél, exigió imperiosamente, que, en nombre del buen servicio del establecimiento, fuese destituido aquel estudiante perezoso é inhábil.

Volvió pues la miseria á mostrar la fea catadura en el hogar de Pacotillas, volvieron los días tristes, las viejas ansiedades, las antiguas y terribles privaciones.

Con dificultad conseguía el mísero joven diez y seis duros al mes, ni para la renta de la casa alcanzaba. Hubo pues que reducirse, digo mal, pues bastante reducida estaba ya la pareja, hubo que sacrificarse, privándose casi de todo y ni así salía la cuenta; por lo pronto hubo que despedirse de la aseada viviendita que tenían, y volver á rodar por los cuartos interiores, feos, húmedos y malos.

Amalia y Pacotillas trasladaron sus penates hasta la apartada calle de Verdeja. El sencillo mobiliario había desaparecido ya, sólo cargaron con lo que nadie quiso por miserable. El catre de fierro fué reemplazado por una cama improvisada con bancos de madera y tablas atrave-

sadas; á esto, á dos sillas desvencijadas, á una mesa de madera blanca y á una maltratadísima cómoda, quedó reducido el miserable ajuar del no menos miserable cuarto.

Qué dolor causaba á Pacotillas su mísera situación, le llenaba de amargura la inagotable bondad de la angelical Amalia, tan conforme, tan resignada, tan cariñosa y tan dulce. En aquellos ratos, en que la más negra desesperación se apoderaba del estudiante, ella tenía siempre alguna palabra para alejar las torvas ideas del joven, alguna sonrisa para aliviarle la pena, ó alguna caricia para hacerle olvidar el dolor.

— No seas tontito, — le decía, — no te desesperes, no todos los tiempos son unos; ten confianza en Dios, lo que es por mí no te apures, ya estoy hecha á sufrir.

Otras veces la pobre niña trataba de echar á la broma aquellas escaseses y privaciones, y procuraba disipar el mal humor de su amante, hablándole de una posible situación mejor, ó de un inesperado cambio de fortuna.

— Ya verás, — le decía, — el día menos pensado cambia la suerte, acuérdate de cuando vivíamos en Juan Carbonero, ya viste cómo de repente cambiaron tus negocios.

Tantas bondades de la noble compañera de Pacotillas, si le calmaban por un momento, no conjuraban los horrores de la situación, que, reproduciendo con tenacidad sus tenebrosos y horrendos cuadros, agobiaban la mente del joven. A veces se echaba la culpa de todo, y los remordimientos le acosaban.

— Sí, yo tengo la culpa, — decía, — ¿por qué no soy

listo, flexible y escurridizo como el Chango? ¿por qué soy tan retraído y misántropo? ¿á qué viene mi horror supersticioso á todo lo que puede tomarse por adulación ó por bajeza, y el raro empeño de no pedirle favor á nadie? ¿Será dignidad, como me parece, ó no vendrá á ser en suma más que desmedido y necio orgullo?

Tales reflexiones le abrumaban, pues le hacían responsable de la terrible situación que atormentaba á los dos. Y había, en verdad, motivo para que así discurriese: las gentes le apreciaban, honraban sus talentos, y le tenían por joven de provecho; pero ¿cómo habían de adivinar sus necesidades? ¿cómo habían de buscarle, si él las frecuentaba tan poco? si cuando se encontraba por casualidad con alguien se ponía serio, ceñudo, malhumorado, contestaba con frases concisas á las preguntas que se le hacían, y mostraba por el trato humano un desdén, que hacía encogerse de hombros á los que con él trataban.

Siempre que pensaba en esto maldecía su extraño carácter, que le apartaba de las gentes y creaba el vacío en torno suyo. ¡Si á lo menos sufriera él solo las consecuencias de sus excentricidades! pero lo pésimo del caso era que venían á pesar sobre aquella inocente víctima, á quien en mala hora hizo partícipe de su funesta suerte.

Y para todo habrá remedio, seguía pensando, menos para cambiar radicalmente de carácter, para trocar en amable y festivo, el áspero y huraño suyo. Cuando adquiría tan triste convicción procuraba explicarse cómo pudo caberle en suerte un genio semejante: lo atribuía á